

doña Emma Luzan
BIBLIOTECA PARA NIÑOS

CUENTOS del ABUELITO



BAMON SOPENA EDITOR

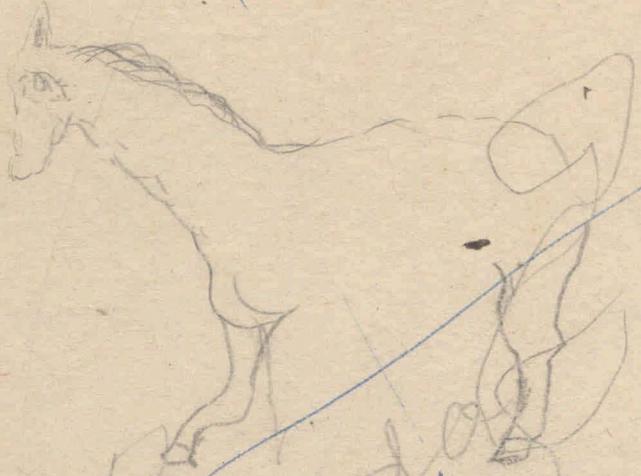
PROVENZA 93-91 BARCELONA



00133075

LIBRARY
Johns Hopkins

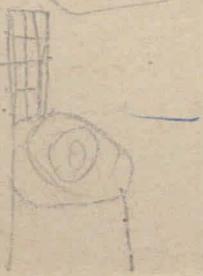
que fue!



~~Biblioteca~~
BIBLIOTECA J. J. ESTRADA
EXPERIMENTAL SAN MARTIN



May
Bin
10



Biblioteca E. Cagay

BIBLIOTECA JOSE M. ESTRADA
ESC. N° 18 - EXPERIMENTAL SAN MARTIN

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

CUENTOS DEL ABUELITO

ILUSTRADOS
CON 29 GRABADOS EN NEGRO
Y 4 TRICROMIAS

BIBLIOTECA JOSE M. ESTRADA
ESC. N° 18 - EXPERIMENTAL SAN MARTIN



EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.
Provenza, 95. — BARCELONA
1935



Published in Spain

Dono este libro y muchos más, para
la ceguera de los niños, en esta escuela,
y que este libro los ayude a aprender

Mónica Andrea Monasterio

5° B Turno Nocturno

E. n° 18 San Martín 1972

Balneario 420 y Pido departamento uruguayo

Capital federal

Derechos reservados.

CUENTOS DEL ABUELITO

VERBENA INFANTIL

La duquesita de Samperio celebraba espléndidamente su santo. Como en el próximo invierno se pondría de largo, quería despedirse de las fiestas infantiles organizando algo nuevo y sugestivo. Y, a fuerza de trazar planes y más planes, deseosa de imitar a las personas mayores, Luisa propuso a su familia celebrar una verbena infantil. Su madre, queriendo asociar a sus alegrías el bien del prójimo, decidió que la misma noche se verificase, durante la fiesta, una rifa de caridad cuyo producto se destinaría a socorrer a los niños pobres y hambrientos de los países assolados por la guerra. La idea pareció encantadora, y todas las niñas de la alta sociedad pasaron un mes soñando con ir también ellas de verbena, como las muchachas del pueblo que celebran con tanto regocijo las fiestas de su barrio.

Llegó, por fin, la noche deseada, y el espléndido parque de los duques de Samperio fué invadido por la más pintoresca concurrencia infantil. Las niñas, con moño alto, adornado de enormes claveles, lucían magníficos mantones de Manila, que, a la luz de los focos eléctricos, ocultos dentro de farolillos japoneses, parecían la exuberante flora de un jardín oriental. En cambio, los niños no iban tan ufanos, porque, para completar el típico aspecto de la fiesta, iban disfrazados de chulillos madrileños, como los personajes de «La verbena de la Paloma».

No faltaba el menor detalle: en vez de una música seria y escogida, dos o tres pianos de manubrio esparcían sus ecos destemplados tocando aires callejeros; un precioso bebé de trece años vendía tuestos de albahaca; un grupo de pollitas en-

cantadoras, convertidas en floristas, asaltaban a la concurrencia recibiendo generosas sumas a cambio de un nardo o de un clavel; otras vendían, a altos precios, gaseosas y horchata, en aguaduchos idénticos a los de las esquinas de las calles; algunas atraían a los distraídos tocando pitos, llenos de floripondios, para que les comprasen figurones de cartón, y, en fin, el selecto cocinero francés que hacía primores gastronómicos para la mesa de los duques, se había convertido en churrero y no cesaba de sacar de una enorme caldera los crujientes churros que vendían las niñas de la casa.

La algazara del parque trascendía al exterior; puede decirse que el barrio entero estaba de fiesta, ensordecido por las bocinas de los automóviles que llegaban sin cesar y formaban interminable cola a lo largo de la calle. La gente de sótanos y bohardillas salía de sus pobres albergues, que el calor comenzaba a hacer asfixiantes, y se apiñaba en torno de la verja del palacio, gozando con la ajena alegría, con la música de los organillos que tocaban sus aires predilectos. Y, si hasta los hombres y mujeres del pueblo sim-

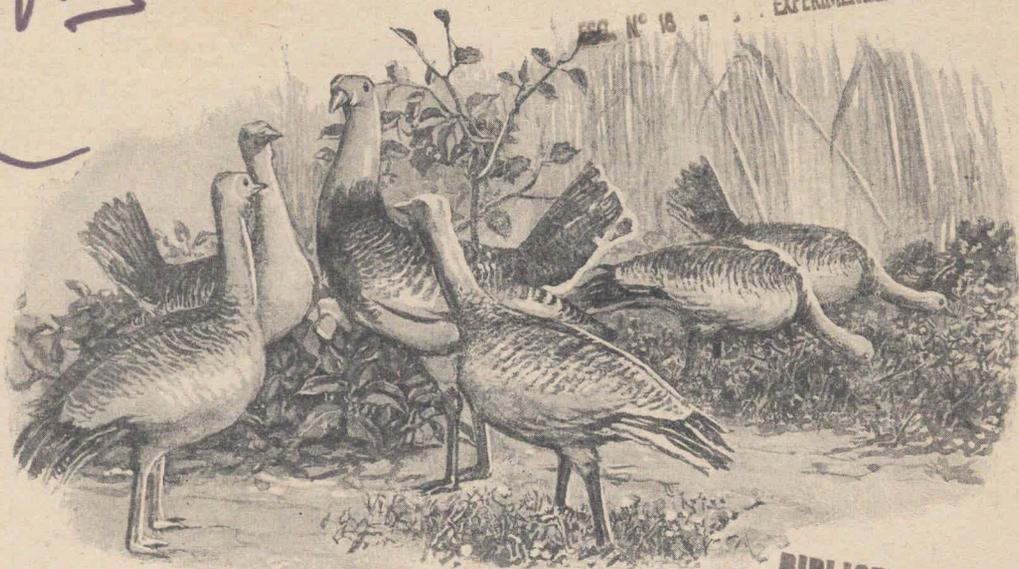
patizaban con aquella fiesta tan *suya*, no hay para qué decir que los chicos del barrio velaban despiertos y enloquecidos. Como mariposas fascinadas por la luz, como abejas hambrientas de flores, se sentían irresistiblemente atraídos por las flores de luz de los farolillos japoneses, y bien pronto la verja del jardín sostuvo racimos y racimos de chicuelos encaramados en sus barrotes, con peligro de herirse en los hierros que, como agudas y doradas lanzas, parecían defender aquel mágico castillo de la alegría, lleno de princesitas y de riquezas, como los de los cuentos. Este atrevimiento pareció el colmo a los más tímidos, pero hubo audaces que se atrevieron a más, sobornando a su amigo Pepín, el hijo del portero, para que los dejase penetrar en el recinto encantado. Pepín vaciló un poco, por temor a su padre y por darse importancia, muy ufano de ser el único niño del pueblo que podía disfrutar de la fiesta; mas, convencido al fin, decidióse a abrirles con gran sigilo la puerta de servicio, que daba a otra calle.

—No paséis de aquí—les ordenó, indicándoles los árboles que rodeaban las caballerizas.

Pero, ¡quién pone puertas al

md

BIBLIOTECA JOSE M. ESTRADA
ESC. N° 18 - EXPERIMENTAL SAN MARTIN



BIBLIOTECA JOSE M. EST
ESC. N° 18 - EXPERIMENTAL SAN

LA AVUTARDA

Tal caminaban las hermosas aves de infladas y huecas, tal levantaban sus cabezas de color gris ceniciento, tal sabían pavonearse, tal erguían sus largos cuellos, y con tal distinción movían sus grisáceas patas, que las llamadas por los naturalistas avestruces de Europa parecían por su gallardo aspecto reinas y señoras de la llanura. Tenían su morada en la mitad de un campo castellano, campo raso que, empezando al Norte, en las últimas estribaciones de una lejana y azulada sierra, se perdía hacia el Sur, sin que rompiera su monotonía la más pe-

pueña colina. El bando de avutardas no salía de las inmediaciones de unos altos trigales, y sólo solía abandonarlos cuando, distraído en locos juegos, se aventuraba por unos cercanos olivares.

Entre las seis avutardas que componían el grupo, había una —la más anciana— que se entretenía en contar a sus compañeras anécdotas de su vida, que siempre traían como apéndice algún consejo o advertencia que las hacía altamente provechosas. Estando un día echadas entre las cañahejas del trigo, discutían si habría que huir

siempre de todos los hombres, y casi todas decían que hacer tal cosa sería una solemne necedad. «¿Acaso puede confundirse un cazador con un labriego inofensivo? Bueno es que huyamos del primero; pero, ¿por qué evitar la presencia del segundo?» Esto decían; mas a pe-

mero cazador o pacífico labriego, porque del enemigo, ¿qué nos puede venir bueno? Precisamente porque el hombre conoce que nos fiamos de todo lo campestre, ha hecho trampas contra esta credulidad nuestra y, con tal de engañarnos, hasta el cazador se viste con los arreos



...asomó por entre los haces un hombre... (Pág. 11.)

sar de su chillona algarabía estaban todas esperando que la vieja diera su parecer sobre el asunto, y pensando la tal que cuando se posee la verdad es una obra de caridad decir la al prójimo para que la conozca y aproveche, se expresó de la siguiente manera:

—Siempre hemos de huir del hombre, ya sea el que veamos

del labriego. Bastantes compañeras nuestras han perecido por demasiado confiadas. Mirad... (Todas encaminaron sus ojos hacia donde indicaba la vieja.) ¿Veis a lo lejos, sobre el camino que blanquea de polvo, un carro cargado de mies? Advertid cómo viene a parar cerca de nosotras. ¿Por qué desconfiar si el gañán, entretenido en guiar las

mulas, ni siquiera nos mira? El carro sigue andando pesadote y chirriante y, cuando llega a enfrentarse con nosotras, se para. ¿Qué le pasa? Alguna avería que han sufrido los arreos—pensamos—; alguna cincha desatada, algún haz de mies caído en el suelo... Y cuando, tranquilas y confiadas, rumiamos en el entendimiento estas ideas, suena un tiro y una compañera cae aleteando moribunda. Es que el cazador va escondido entre los haces... Y esto que os he dicho

no es invención mía, sino narración exacta de lo que le ocurrió hace varios años a una amiga mía yendo conmigo de paseo...

Calló la anciana y, aunque algunas de sus oyentes se sonrieron como burlándose de su narración, es lo cierto que cuando el carro indicado por la vieja se acercó chirriándole los ejes, todas alzaron el vuelo mientras asomó por entre los haces un hombre que dijo:

—Cada vez son más listas estas malditas aves.



X
¡Excelente!

FINITA

La tarde va cayendo, y el polvo, esparcido en el aire, forma, a la luz del crepúsculo, irisada neblina, neblina de oro, cuando un rayo de sol la hiera. Un lujoso automóvil se detiene ante un suntuoso portal y, cuando el lacayo abre la portezuela, una dama elegante y joven salta con ligereza y exclama, dirigiéndose a un precioso bebé que permanece en el coche:

—Quédate aquí, Finita, vuelvo en cuanto me pruebe el vestido.

Y, ligera, con gracia indefinible, penetra apresuradamente en el portal, haciendo crujir la seda de su traje.

—¡Finita!... ¡qué gracia!—observan burlescamente dos golfos picarescos, aproximándose al automóvil.

El lacayo, entretenido con su compañero, no advierte la angustia de la niña, asustada por la provocativa actitud de los harapientos muchachos; pero uno

de ellos le dice a media voz, apoyándose en la portezuela:

—Tranquilízate, pimpollito; no somos anarquistas, ni vamos a poner una bomba para que vuele tu auto.

El otro chiquillo sigue repitiendo:

—¡Finita!... ¡Finita!—y después arenga a la multitud—: ¡Señores, la princesa Finita, que ha venido de *incónito* a *Madriz!*... ¿Quién quiere verla?... ¡por diez céntimos!

Pero un puñetazo de su camarada le obliga a callar y reanuda su merodeo por las calles: recoge colillas del suelo; se apodera de un clavel al pasar junto a una florista; mira si algo se pierde, y coge las flores caídas, formando con ellas ramilletes que ofrece por diez céntimos y entrega por cinco a algún comprador descuidado que no advierte que están sucias y ajadas.

Su compañero, en cambio, contempla con embeleso a Del-

BIBLIOTECA JOSE M. ESTRADA
 DOCUMENTAL SAN MARIN

fina, la niña aristocrática, que, tranquila ya, sonríe y hasta le pregunta; al ver que el muchacho oprime entre sus manos unos ramitos de rosas:

—¿Vendes flores?

—No; te las regalo.

Y se las presenta tímidamente, por miedo a que las rechace.

Delfina alarga las manitas y aspira el perfume de las rosas. El golfillo la sigue mirando, mirando siempre.

¡Quién tuviese una compañera, una hermanita así! ¡Cuánto más amena y hermosa sería su vida, que al lado de sus bagabundos amigos!...

El precioso bebé se inclina sobre los almohadones del automóvil, en que hay un magnífico ramo de claveles y camelias, y, cogiendo la más nítida, se la

entrega al chiquillo con gracia encantadora mientras el lacayo corre a abrir la portezuela, porque la gran dama regresa, sonriendo, a su coche.

—¡Chico, una camelia!... ¡Hoy te haces rico!—murmura envidiosamente su compañero.

Mas el golfo, despidiéndose con melancólica mirada de la linda muñequita que desde el automóvil le dice adiós, agitando el ramito de marchitas flores, aproxima a sus labios la camelia y exclama emocionado y orgulloso:

—Esta flor es para mí... no la vendo ni por todo el dinero del Banco... Tienes razón, alguna vez había yo de ser rico.

En efecto, tenía razón el pobre golfillo: la gracia y la belleza valen más que el dinero para un alma delicada y noble.



Muy bonito Jimto

(M) 10

Muy
Buen

10 (días)

¡felicidades!

EL ESTORNINO

Yendo a casa de don Aureliano encontróse Juanillo a su amigo Miguel y, enseñándole con mucho misterio un hermoso pajarillo de negro plumaje moteado con pintitas blancas, le dijo rebotando alegría:

—Voy a casa de don Aureliano a llevarle este pájaro que he cogido en la torre de la parroquia. Por él me dará dos reales, pues está vivo y no le falta ni una pluma...

Y contento y satisfecho, prosiguió Juanillo su camino entre tarareos y silbidos, corriendo unas veces y otras andando con reposado paso. Al fin, llegó a la presencia de don Aureliano. Era éste un sabio naturalista ya anciano, alto y delgado de cuerpo y enjuto de rostro, que había llegado al pueblo hacía varias semanas, con gran placer de los muchachos, pues el buen señor les compraba todos los bichos que le llevaban, con arreglo a una tarifa previamente estable-

cida. Cuando vió al rapaz alargarle el pajarillo, lo tomó y se puso a examinarlo. Se fijó en sus negras plumas de visos verdes, salpicadas en la nuca, en el pecho y en la parte superior del lomo de blancas pintitas, y vió los pardos ojos de la temblorosa avecilla, su negro pico y sus patas rojizas. El semblante de don Aureliano se alteró, y yéndose paso tras paso a una ventana, la abrió y soltó el pajarillo con gran asombro del rapaz.

—¿Conque me traes un estornino?—le dijo el naturalista—. Pues ahora te voy a dar los dos reales, pero en cuanto me traigas otro pájaro como ése, te doy dos palos. Nunca, nunca deben perseguirse los seres beneficiosos, sino ampararlos, protegerlos y fomentar su propagación en torno nuestro. ¿Ves el pajarillo que me has traído...? Pues, si su especie abundara en este pueblo, no habría que temer tanto a las langostas que des-

truyen vuestros sembrados de trigo y cebada, ni a las orugas que estropean vuestros frutales y vuestras vides, ni a las asquerosas limazas que todo lo babean y carcomen, hasta las garrridas rosas de vuestros jardines.

en un año cerca de un millón de insectos, ¿qué resulta sino que un estornino en el aire significa unos piensos que echar a las caballerías, unas uvas que gustar, unos panes que comer, unas frutas que saborear y hasta una

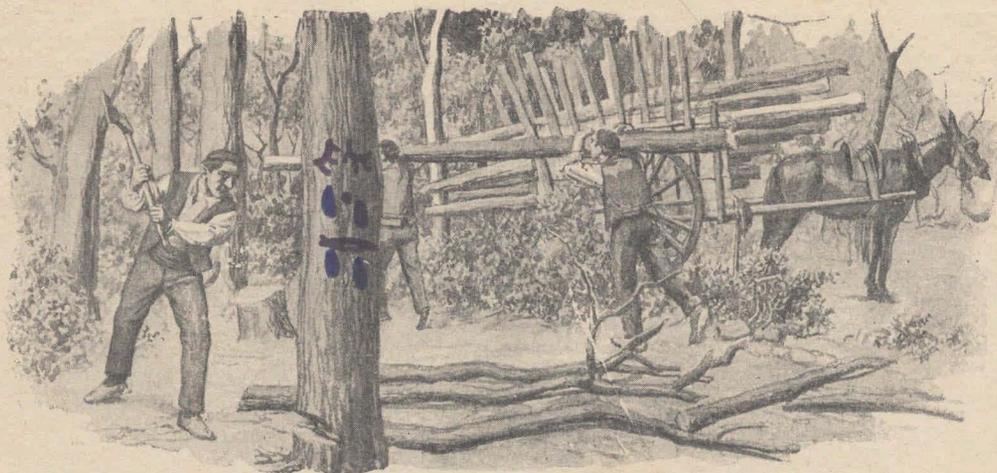


...la abrió y soltó el pajarillo con gran asombro del rapaz. (Pág. 14.)

Yo acabo de soltar ese estornino que no se alimenta más que de los antedichos insectos. De éstos engulle al menos diez por hora, resultando así que, mientras dura la luz, devora más de cien langostas, orugas o limazas. Si a esto añades que el mismo pajarillo ha de constituir una familia que llegará a constar de doce individuos, capaces de consumir

rosa con que regalar nuestro olfato...? Toma, toma tus dos reales y di a todo el mundo que mire a esos pajarillos como a las niñas de sus ojos...

Tomó el rapaz las monedas y se marchó; y en honor suyo debemos decir que, atendiendo a la lección del naturalista, no volvió a molestar a tan beneficiosas avecillas...

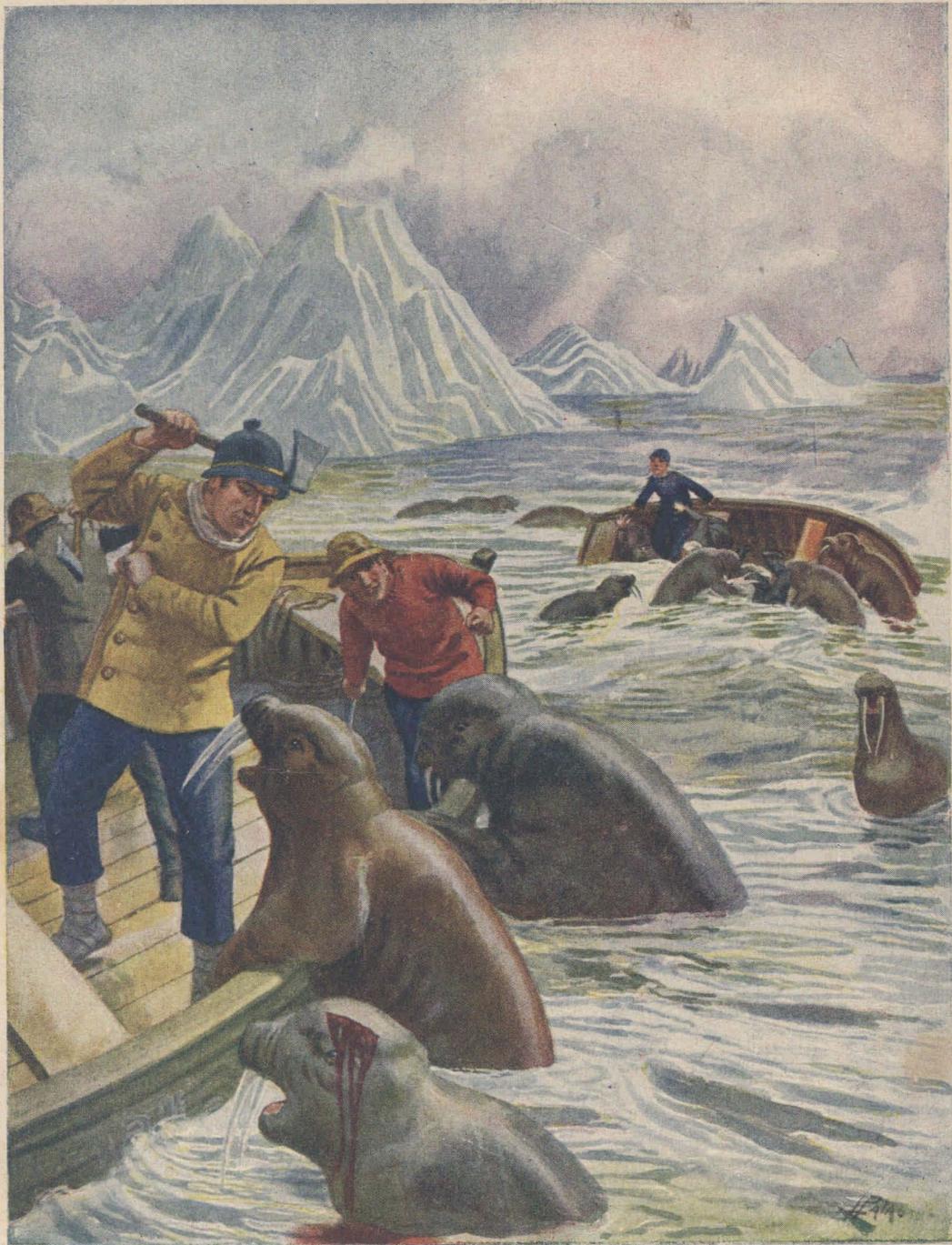


LA GUERRA AL ARBOL *que cont*

Todos los habitantes de la comarca parecían haber declarado guerra a los árboles. Los mayores, por la codicia de cortar y vender una carga de leña, talaban sin cesar los más hermosos, y los chiquillos, por diversión, por malos sentimientos —así como destruían los nidos de los pájaros—, desgajaban las ramas y arrancaban hasta las raíces de los tiernos arbolitos. Más de un siglo de lucha contra el árbol había agotado los bosques lindantes con el pueblo, sin que nadie se preocupase de la muerte de aquellos amigos mudos, pero bienhechores, que, sin alardear de sus beneficios, atraían la lluvia, y, purificando la atmósfera, garantizaban la salud. Pero poco a poco dejó de

llover, los inviernos fueron más duros y los veranos más abrasadores. Tan sólo fragorosas tormentas humedecían la región, no con agua, sino con granizo, que arrasaba las cosechas.

Y los mismos que, de niños, destrozaron los últimos árboles, de hombres sufrieron el hambre y la miseria, y culparon a la suerte y a los gobiernos de la esterilidad de la comarca que ellos habían assolado; hasta que enloquecidos y harapientos tuvieron que emigrar a lejanos países, donde hombres más clementes mimaban a los árboles y acogían piadosos, brindándoles fraternidad y trabajo, a los que huían, desterrados por su culpa, de una patria, antes hermosa y fértil.



Al punto rodean a las morsas y las atacan a hachazos. (Pág. 21.)



LA LIBÉLULA

Mientras su papá leía sentado en un banco del jardín, Laura se entretenía en corretear de un lado para otro, armada de un mariposero. Parecía que en aquel hermoso día de mayo había caído sobre el jardín una lluvia de multicolores mariposas. En los rojos geranios, en los blancos claveles, en las gariidas rosas, en las olorosas matas de albahaca, en todas partes se veían posados los vistosos insectos. Era un espectáculo interesante contemplar a la simpática chiquilla ocupada en las tareas de su caza. Apenas veía una mariposa detenerse en cualquier sitio, acudía a él prestamente, con los ojos brillantes de alegría, andando de puntillas como si no quisiera tocar el suelo, cimbreando el gracioso cuerpecillo, y suspendiendo hasta el aliento para no alarmar a su víctima. Pero no hacía más que mover el mariposero, cuando ya el insecto

volaba burlonamente a otra parte, desplegando al sol los brillantes colores de sus alas.

Estaba ya un poco mohina por sus fracasos, cuando, habiendo llegado en sus evoluciones a un estanque, vió en sus alrededores una legión de libélulas, que a ella le parecieron también mariposas, y logró apresar una, que, descuidada, tomaba el sol sobre unos rojizos alelíes. Fué tal su alegría, que corrió adonde estaba su padre, y, presentándole su presa, exclamó:

—¡Papá...! ¡Ya he cogido una...! ¡Mira qué bonita...!

—Tienes razón, hija mía; es preciosa...

Y sujetando a la cuitada libélula, procedieron hija y padre a admirar su belleza. Eran tantos y tan brillantes los colores que adornaban su largo y enjuto cuerpecillo, era tal el brillo sedoso y tan finos los afilegrana-

piedras prec

—¡Cómo brilla, papa:— exclamó Laura, admirada.

miración contemplara. Apic



—¡Papá...! ¡Ya he cogido una...! ¡Mira qué bonita...! (Pág. 18).

—Pues, hija mía, este que ves, hermoso y pintado insecto, fué en otro tiempo repugnante larva que arrastró su cuerpo de gusano por el fondo cenagoso de algún pantano. Allí permaneció escondido durante un año, esperando modestamente a que la Naturaleza, con el trans-

ja mía, de este insecto a corregir en el retiro tus defectos, para que, cuando estuvieres entre la gente, no seas, como larva o gusano, cosa de irrisión y menosprecio, sino como hermosa libélula, objeto digno de ser admirado por el espléndido brillo de tu buena crianza...

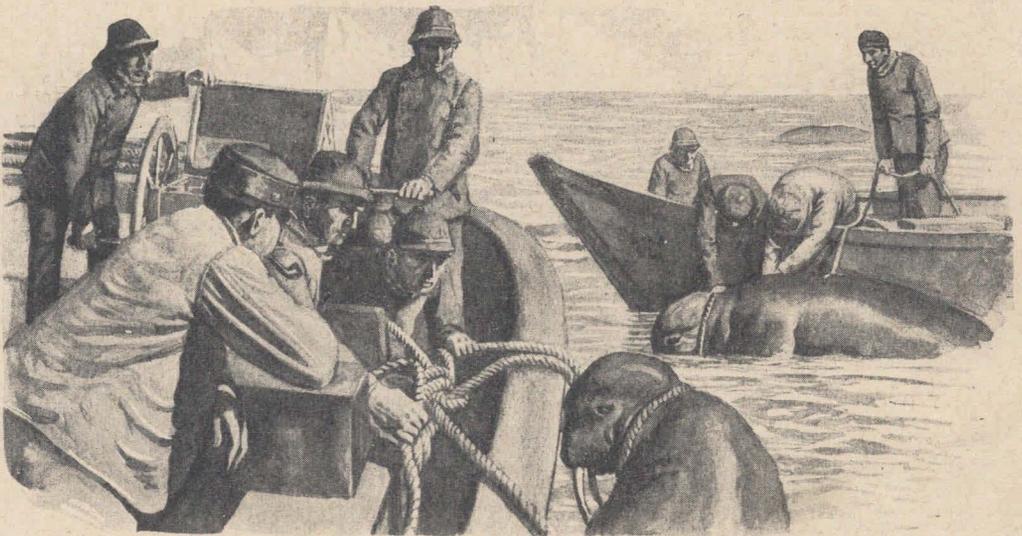
Era doña Teófila una señora de muy hermosos y blancos dientes, que siempre estaba martirizando con risas y chanzas, sin pizca de sal ni ingenio, a un naturalista conocido suyo, al cual invitaba en toda ocasión a que contara historias de animales, en las que le llamaba perito y maestro. Estando un día en una reunión, como se cansara el discípulo de Cuvier de las chanzas y risitas de la dama, reclamó silencio de su auditorio, y habló así:

—Trasládense ustedes con la imaginación a cualquiera de las tierras árticas, a la Groenlandia, por ejemplo. Allí vive un animal de fea catadura llamado morsa o caballo marino. Tiene de cuatro a cinco metros de largo; su cuerpo es prolongado y grueso, su cuello corto, su cabeza no muy grande, en la cual fulguran los ojos pequeños y de pupilas redondas; su hocico se adorna con un mostacho de ásperos pelos, y de su mandíbula superior descenden dos grandes colmi-

llos blancos y relucientes que le sirven para romper el hielo y para asirse a las escarpaduras de las rocas y trepar por ellas. Su piel es lisa y grasienta y tiene un tinte pardo, rojo, gris o blanco, según la edad. Vive tranquilo este animal, en bandadas numerosas, alimentándose de cangrejos y langostas, hasta que el hombre—el indígena de aquellos países tanto como el europeo—determina molestarle. Fíjese bien, doña Teófila; hay barco europeo que se hace a la mar llevando a bordo hombres que abandonan, no ya su patria, su familia y su hogar, sino el cielo azul, el sereno ambiente y la clara luz, para ir a hundirse en los tenebrosos mares glaciales donde la muerte los acecha con cien ojos. Tras muchos días de penosa navegación avistan a las morsas; pero ya no van en el barco, que tuvieron que dejar al amparo de un puerto natural, porque los hielos impedían su marcha; van ateridos, desorientados y no muy bien comidos,

con los movimientos de sus grandes cuerpos y, haciendo cara a sus enemigos, se lanzan rabiosos contra los botes a cuyos bordes se aferran con los colmillos. Sucede muchas veces, doña

La burlona dama movió la cabeza en ademán negativo y se sonrió, mostrando sus dientes iguales y blancos como perlas. —Pues sirven—continuó el



Teófila, que algún bote se tuerce y unos desgraciados caen al agua para no levantarse más. Al fin, tras una temporada de penalidades, termina la caza. Los indígenas cargan con los cuerpos de las morsas muertas, que a veces ascienden a millares, para cubrir con sus pieles sus chozas y canoas, para hacer aceite que arderá en sus lámparas. Los europeos tornan más adelante a sus

narrador--para dar dientes finos, menudos y marfileños a las encías que los perdieron. Así es que hay quien ríe a costa de la vida de sus semejantes...

Doña Teófila apretó convulsos los labios y es fama que no volvió a atormentar al naturalista, del que no dice la historia cómo pudo enterarse de que eran postizos los dientes de la dama...

CUENTO DE REYES

X

¡Qué obscuridad! ¡qué silencio!... Papá y mamá deben dormir todavía. Como a ellos no les ponen juguetes los Reyes, no tienen prisa de levantarse. ¡Los pobrecitos trabajan tanto!... y todo para mí. La verdad es que soy muy dichosa y que debo ser muy buena para dar gracias a Dios por tantos beneficios. Yo aquí, rodeada de comodidades, mientras otras niñas no tienen quien las quiera o son pobres, las tratan muy mal y pasan hambre y frío. Como Petra, mi compañera de colegio, la hija del albañil que trabajaba en la casa de enfrente; su padre se cayó del andamio y ya no puede ganarse la vida. Ella tiene que ser una madre para sus hermanitos porque la suya murió el año pasado, y ahora están tan pobres, ¡tan pobres! que el otro día vi que iba pidiendo limosna con los chiquitines. Por eso no va a la escuela y por eso también me

alegro de haber hecho lo que hice ayer. Parece que veo la escena; pedí permiso a mamá, busqué mi hucha, la hucha de madera que me compraron el día de mi santo. Sólo tenía quince moneditas de cobre... ¡qué poco! Yo lo sentí por Petra, pero desde ahora me aplicaré más, les pediré a mis padres que me den los premios en dinero, y todo, todo será para ella. Eché a correr por las calles llenas de nieve, pero no sentí el frío, pensando que los hermanitos de mi amiga tiritarían en su casucha, que no tendrían lumbre ni cena y que no les pondrían nada los Reyes, porque, de seguro, no pasan por aquella calle tan fea y tan triste. Subí corriendo la escalera, di un beso a cada uno, eché en el delantal de Petra mis pobres ahorros, y, para que no me diesen las gracias, me escapé, como si hubiese hecho algo malo; pero no, yo estaba muy con-

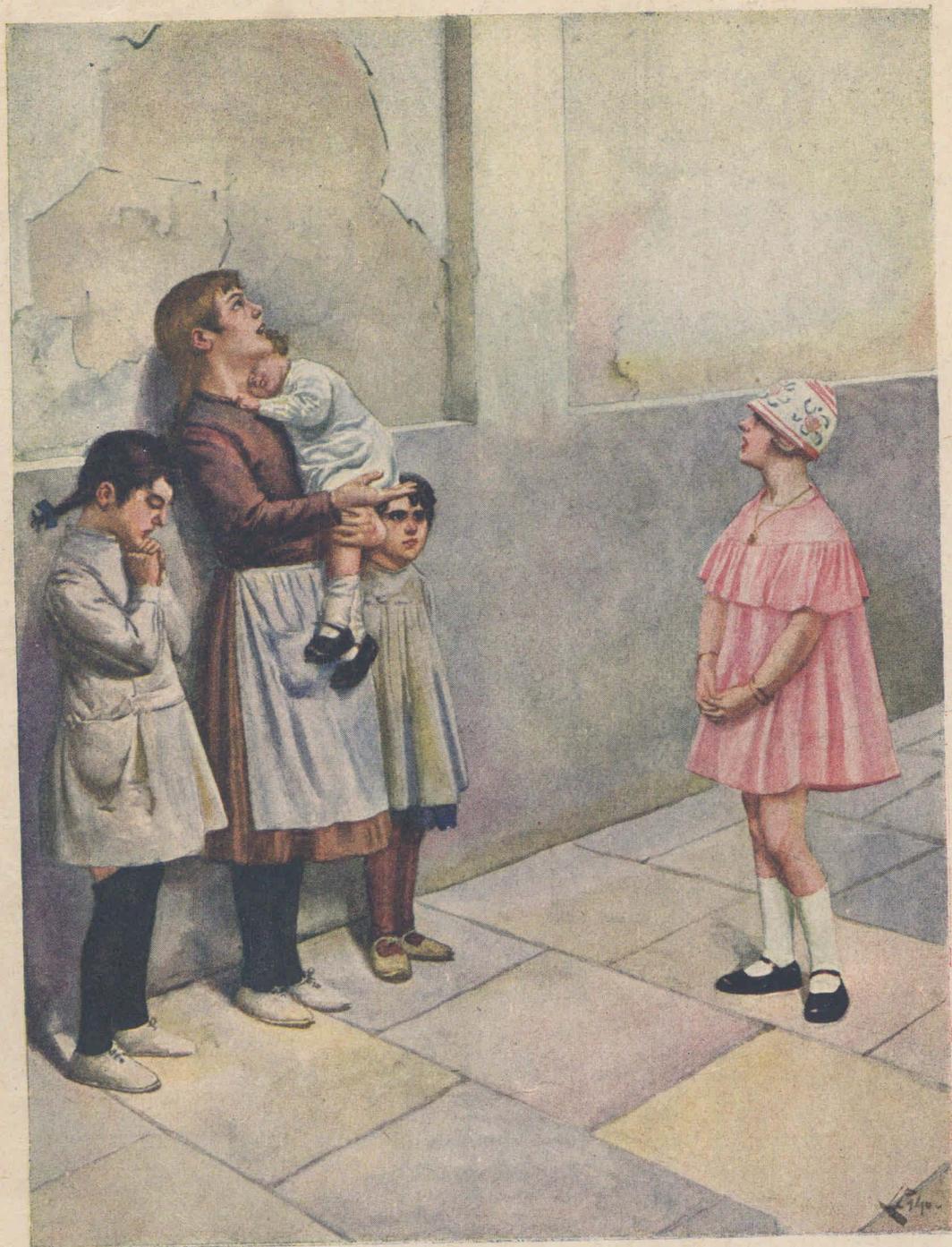


tenta, más contenta que cuando en los exámenes me entregó el alcalde el diploma de honor. Llegué a casa y... ¡qué alegre me pareció todo!... ¡qué rica la cena!... ¡qué hermosa mi madre!... y después ¡qué sueños tan deliciosos he tenido esta noche! He visto a los Reyes Magos llenar las botitas y la bandeja que, antes de acostarme, dejé en el balcón. ¿Si será verdad? Voy a verlo. Abriré despacito para que no se despierten.

¡Dios mío!... ¡qué felicidad!... Todos mis sueños se han realizado... ¡Qué veo!... ¡Una muñeca igual a la del escaparate del *Bazar Infantil!*... ¡una sillería de ra-

so! ¡un estuche de costura!... Y... mi hucha, mi hucha llena de dinero... una, dos, tres... quince moneditas de plata. ¡Qué casualidad! las mismas que, de cobre, di ayer a Petra. Pero ¿qué es esto?... una carta... ¿Quién me escribe?... ¡Madre mía, es una carta del cielo...! Sí, no hay duda... firman los Reyes Magos; Gaspar y Melchor con una letra menudita... por cierto que se parece algo a la de papá... y Baltasar con una letra muy negra, muy negra, como su cara. ¿Qué dirán?...

«Como desde el cielo se ve todo lo que pasa en la tierra, nos enteramos anoche de tu generosa acción y queremos premiar tu ardiente caridad. Todos estos regalos son de nuestra parte; pero habrás observado que en tu hucha hay quince moneditas de plata: las mismas que, de cobre, diste anoche a tu compañera, porque Dios, todo caridad, forma con las limosnas que se dan en el mundo una hucha para la otra vida. Además, como aquí todo es mejor y más hermoso aumenta de valor, y, para probártelo, al mismo tiempo que hemos depositado nuestros presentes en tu bandeja, hemos llenado tu hucha de moneditas del cielo.»



...el otro día vi que iba pidiendo limosna con los chiquitines. (Pág. 22.)



EL JABALÍ

¡Qué ufano se levantó aquel día el jabalí! Sentía como si toda la vida exuberante de la Naturaleza se entrara dentro de su ser, invitándole a gozar de todos los placeres. Iría a comer los más exquisitos bocados, se bañaría en aquel escondido arroyo que tranquilo y plácido se deslizaba entre centenarias y retorcidas carrascas, y recordaría sus tiempos de juventud viendo jugar a los alegres jabatos de su manada. Se preparaba un día espléndido, un día en que todo —desde el átomo al astro— parecía reír, y el cerdoso y pardo jabalí, ansiando aprovecharlo, empezó a caminar moviendo graciosamente sus cuatro ágiles y cortas patas. De vez en vez dejaba escapar un gruñido de satisfacción, metíase por lo más intrincado del bosque y no despreciaba la comida cuando ésta

se le presentaba en forma de apetitosos vegetales.

Cuando iba más tranquilo y satisfecho fué sorprendido por el sonar estruendoso de varias voces humanas, a las cuales siguió el pavoroso ladrar de una jauría. ¡Santo Dios...! ¡Los cazadores! Y el jabalí, al darse cuenta de su situación, partió recto como una flecha, convirtiendo en desenfrenado galope lo que hasta entonces había sido entretenida carrera. Ni le arredraban peñascales ni le detenía la espesura del ramaje, que la visión del cercano peligro le hacía obrar milagros. Pero cuanto más corría, más a los alcances le iban los malditos perros. Sentía detrás de él sus broncos ladridos, y un poco más lejanas las irritadas voces de los ojeadores que no cesaban de estimular a la jauría. Acosado al fin por és-

ta, no tuvo más remedio que lanzarse a una descubierta praderilla.

—¿Por qué me perseguirán? —iba pensando el pobrecillo.—
¿No estoy yo tranquilo en mis soledades sin meterme con ellos?

triunfo, se acercó, cuchillo en mano, dispuesto a rematarle, los ojos del jabalí se entreabrían espasmódicos y agonizantes, como preguntando a sus enemigos por qué le perseguían tan cruelmente...

En tanto empezó a cantar un



De pronto vino a romper el hilo de su discurso una certera bala, que le hizo caer, herido de muerte, sobre un lecho de blancas margaritas, a las que su sangre dió roja coloración de amapolas. Cuando llegaron los perros y se lanzaron sobre él; cuando el cazador, ufano de su

pajarillo, y, según fidedignos autores, su trinada canción decía así: «Te persiguen, desventurado jabalí, porque tienes una carne sabrosa y exquisita. Fueras por el contrario áspero y desabrido al paladar, nadie se metería contigo, que sólo se apalean los árboles que dan fruto...»

LA GOTA DE ACEITE

El abuelo de Pepito y Luis era un sabio, tan admirado como la magnífica biblioteca de volúmenes raros y preciosos que había reunido en su despacho.

Un día, los niños le vieron hojear un libro que llamó su atención poderosamente: era una magnífica edición del Quijote. Las aventuras de D. Quijote y las gracias de Sancho Panza les impresionaron tan vivamente que, aprovechando un descuido, a la hora de merendar se llevaron el libro al comedor. Aturcidos y glotones, empezaron a comer, dejando el tomo entre los platos. Al recogerlo, una de las más prodigiosas láminas tenía una mancha grasienta, producida por la mantequilla de una tostada. Quedaron consternados, porque sabían el valor del libro que su abuelo no había querido ven-

der ni a cambio de una enorme suma.

Al día siguiente los llamó el anciano y les mostró el volumen. La mancha de grasa se había agrandado y corrido, impregnando casi todas las hojas.

—¿Quién ha manchado el libro?—preguntó el abuelo, presa de un terrible disgusto.

—Ha sido Martín, el *botones*—se atrevió a responder Luisito.

—Se lo llevó a la cocina—afirmó Pepe—y tuvimos que quitárselo para que no lo estropease más.

En vano Martín, llamado y reprendido por el sabio, se defendió con humildad, primero, con gritos, lloros y protestas, después. No le creyeron y quedó despedido.

La conciencia empezó a re-



morder a los dos hermanos, que, por rehuir un ligero castigo, habían acusado a un inocente. Pero sus remordimientos se hicieron irresistibles, cuando un día, al salir del colegio, vieron a Martín pidiendo limosna.

—Mañana le traeremos nuestro postre—se dijeron para acallar su conciencia.

Y no fué sólo el postre, sino todo el dinero de sus huchas, lo que llevaron preparado. Pero Martín, con noble dignidad, rechazó la limosna y ni siquiera contestó al saludo de sus calumniadores. Estos, avergonzados por tan honrosa altivez, apenas llegaron a su casa se arrojaron, llorosos, en brazos de su abue-

lo, acusándose de su culpable conducta.

—Yo mismo iré a buscarle—replicó el anciano.—Ese noble chiquillo sabe instintivamente que el honor vale más que el dinero y que no debe comprarse ni venderse. Por eso repararéis vuestra culpa confesando la verdad delante de él, de toda la familia y de todos los criados. Lo sucedido entraña una doble lección: la primera, la que él os ha dado; la segunda es esta: la calumnia es igual a la gota de grasa o de aceite; encubierta y diminuta al principio, corre, se extiende, lo empaña todo y sus estragos aterran a los mismos calumniadores.



EL GUSANO DE SEDA

El tío Lucas, viejo zapatero remendón y gran criador de gusanos de seda, estaba aquel día en todas sus glorias. ¿Pensaban sus amigos que, como siempre, se iba a agarrar en cuanto se levantara a los zapatos, leznas y cuchillas? Pues no, señor; aquel día lo destinaba él a la holganza, es decir, a un trabajo tan llevadero y entretenido que, más que trabajo, parecía recreación y esparcimiento. Iba a escaldar los capullos de la seda; iba a coger su cosecha; y para que sus amigos le vieran, los invitó a echar un trago, los llevó a su casa y los condujo a la habitación en donde criaba los gusanos. Era un cuartucho pequeño, de desconchadas paredes adornadas con grises telas de arañas. Su ambiente estaba impregnado de un olor cansino a hojas marchitas de morera: la luz, no muy abundante, penetraba por un ventanuco abierto junto al techo, y toda una de las deslustradas paredes desaparecía tras unos, como si dijéramos

vasares, cubiertos con manojillos de desnudas ramitas. Orondo el tío Lucas, exclamó:

—¿Qué os parece mi gusanera? No muy limpia, ¿verdad? Pues de aquí saco todos los años un buen puñado de pesetas. Es cierto que me cuestan bastantes cuidados y trabajos. Mirad: en cuanto, fecundados los huevecillos por el calor, los gusanos nacen, tengo que cuidarme de ir todos los días a buscar hojas de morera. Al principio, como los gusanillos son tan pequeños que casi no se ven, comen muy pocas; pero, pasados los primeros días, empiezan a crecer de un modo extraordinario y las necesitan a montones; pues sobre que engullen demasiadas, hay que mudárselas dos o tres veces al día para que se mantengan siempre frescas. Así están creciendo unos cuarenta días, en cuyo tiempo mudan de piel cuatro veces, con notable riesgo de la vida, pues pierden el apetito, se aletargan y muchos de ellos sucumben.

Cuando van a convertirse en crisálidas buscan en estas ramillas el sitio más apropiado para la construcción de sus capullos. Tres días tardan en hacerlos y al cabo de ellos los gusanos se han encerrado en sus cárceles de seda, en las que permanecen hasta que, transcurridas tres semanas y perforados los capullos, salen unas mariposas blanquizas de muy poco ver que, después de depositar en unos blancos lienzos, preparados de antemano, de trescientos a quinientos huevecillos cada una, mueren con la satisfacción del deber cumplido. Pero, como los capullos están formados por una sola y finísima hebra de unos mil metros de longitud, resulta que,

al salir las mariposas, rompen el capullo y estropean toda la seda y, por lo tanto, es preciso que, fuera de los que se dejan para semilla, se escalden los demás para matar las crisálidas, que es lo que ahora voy a hacer.

Llamó el tío Lucas a su mujer, la cual apareció al poco rato trayendo un barreño de agua hirviendo, en el cual fué echando el zapatero toda su cosecha de hermosos capullos ovoideos, blancos unos y otros de color del oro. Mientras él los revolvía en el agua, su mujer exclamó:

—¡Parece mentira que de la miseria de estos gusanos salga la lujosa y rica seda, ornato de los palacios y gala de las fastuosas casas...!



25
X 6
210

BIBLIOTECA JOSE M. ESTRADA
ESC. N° 16 - EXPERIMENTAL SAN MARINO

BIBLIOTECA JOSE M. ESTRADA
ESC. N° 16 - EXPERIMENTAL SAN MARINO

LA FERIA DE JAUJA

Titina y Miguelín soñaban todo el año con la feria de Septiembre. Y tenían razón, porque, como no había niños más mimados, disfrutaban de todas las diversiones. Se pasaban las tardes meciéndose en los columpios, dando vueltas en los tío-vivos, jugando en las rifas. A Titina le había tocado una muñeca, casi tan grande como ella; a Miguelín un aeroplano de juguete. No quedaba caseta ni circo que no visitasen, admirando los bichos de otros países, los equilibrios de los titiriteros, las gracias de los payasos, las habilidades de monos y perritos. Pero lo más tentador eran las barracas, llenas de golosinas y juguetes. Hubieran querido comprarlo todo en un día, pero como sus papás ponían límite a sus caprichos, discurrieron una graciosa estratagema. Vivía con ellos su abuelita, señora tan generosa, tan

tierna y tan embelesada con sus nietos, que nada les sabía negar. Y Miguelín, que era muy pícaro, se enteró de una cosa: siempre que sus papás le negaban algo, *daba la casualidad* de que se lo compraba la abuelita. Los juguetes salían como por encanto del armario de doña Rosa, en cualquier momento, lo mismo en las horas de sol que cuando era de noche y estaba cerrada la puerta de la calle.

Comenzaron a fisgar la vida de la abuela: salía todas las mañanas a misa y volvía cargada con misteriosos paquetitos que desaparecían sin que los viese nadie. Se encerraba en su cuarto y después, cuando Titina se caía al correr por el suelo encerado o él no quería tomar una medicina, surgía, como por escotillón en el cuarto de la abuela, el deseado juguete.

—¿Tendrá un bazar la abue-

lita, como el de *El Siglo*, de Barcelona?—preguntaba Titina candorosamente. Y Miguelín se reía de ella, hasta que un día tramaron una conspiración infantil. Miguelito, que era muy aplicado y se llevaba los mejores premios del colegio, sabía escribir muy bien, y, como habían oído que los niños dirigen en Año Nuevo cartas a los Reyes, decidieron escribir a su abuelita, que era su perpetua reina maga. Desde aquel día doña Rosa encontró todas las noches debajo de la almohada una cartita, y, como por arte de magia, siguieron saliendo los más raros caprichos del misterioso armario.

—El cuarto de la abuelita es Jauja—decía Miguelín, que había oído unos versos en que pintaban esta ciudad maravillosa «con casas de turrón, ríos de dulce jalea y arroyos de blanca miel»...

Y Titira, que parecía un eco de las palabras de su hermano, empezó a llamar *Jauja* al cuarto de la abuelita, convertido en perpetua feria, cuyas barracas eran el armario, la cómoda y hasta el tocador de doña Rosa.

Cual si esto fuese poco, como el papá de los nenes era uno de los médicos más renombrados de la ciudad, muchos clientes, agradecidos, los obsequiaban con

los juguetes más caros de la feria. Por esto a cada visita que llegaba temblaba la familia, porque los niños corrían a la antecámara para ver si los enfermos les traían algo.

Era una tarde nublada y fría, que auguraba el invierno. La abuela se esforzaba por retener a los niños en su cuarto, pero como el timbre no cesaba de sonar, impacientes y nerviosos se escaparon por el pasillo. La sala de espera estaba más llena que nunca, pero llena de niños, con sus madres escuálidas y mal vestidas. Titina y Miguel se miraron desilusionados; pocos regalos podrían traerles aquellos enfermos. La curiosidad les impulsó a preguntar a una nena que tenía una pierna vendada:

—¿Te has montado en el tío vivo de los aeroplanos? ¿Te han comprado muchas cosas?

—Mi padre—respondió la aludida—está trabajando mucho, porque quiere comprarme un aparato para esta pierna.

Miguel y Titina se miraron sin comprender. La madre de la niña dijo sollozando:

—Mi pobre nena está cojita y no puede andar; acaba de salir del hospital del Niño Jesús.

Una voz llamó imperiosamente a Titina y Miguelín.

—¿Qué estáis haciendo?—preguntó la abuela.—¿No recordáis que las tardes de los jueves vienen a la consulta los niños pobres, a quienes cura de balde vuestro papá? ¿no sabéis que estos pobrecitos, que apenas comen, que tiritan de frío en el invierno, no pueden tener juguetes?

—¿Ni una muñeca como la que ayer se me rompió?—dijo Titina con sus hermosos ojos llenos de lágrimas.

—A veces no tienen cama ni pan...

Miguelín callaba, avergonzado o pensativo, y los dos hermanos, como cuando conspiraban para pedir juguetes a la abuela, hablaron en secreto.

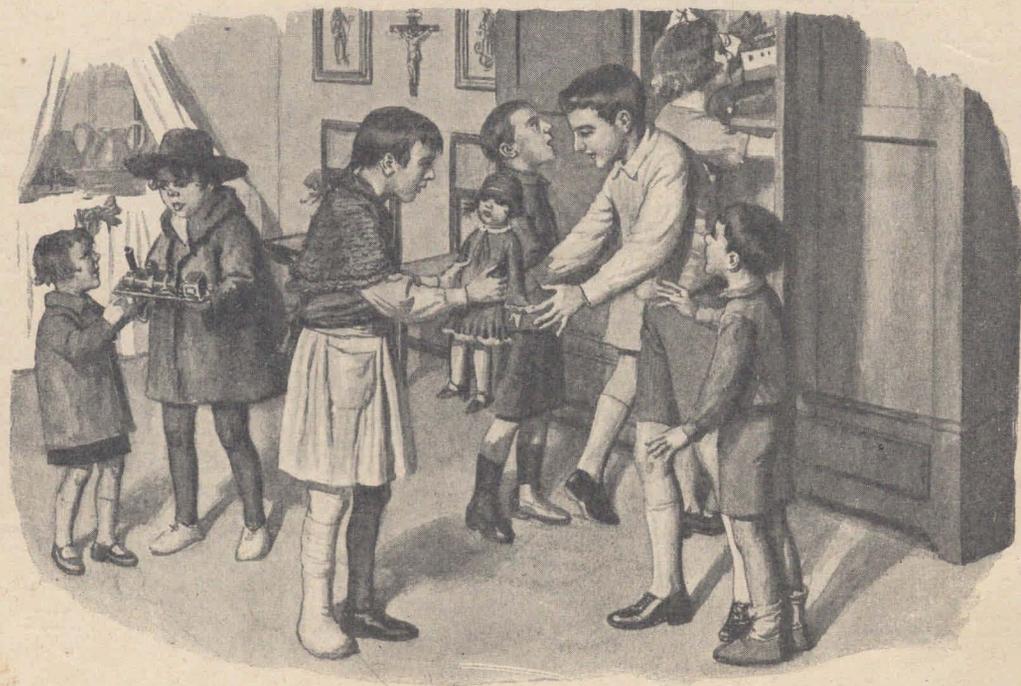
—Hay que llevarlos a Jauja... a la feria de Jauja...—exclamaron casi a la vez.—¡Que gocen como nosotros!

Y, corriendo a la sala de espera, cogieron entre los dos a la cojita y la llevaron, casi en volandas, al cuarto de la abuela.

—¡Venid a Jauja... a la feria de Jauja!—repetían, llamando a los demás niños pobres.

—Y tú, abuelita, abre las rifas y las barracas de juguetes... ¡Tomad, tomad!... ¡os ha tocado esto en la rifa!

Y, asaltando el misterioso armario, repartieron a manos llenas todos los juguetes entre aquellos pobres niños que no habían celebrado nunca la feria de Jauja.



EL ABEJARUCO

Quando el tío Juan se convenció de la presencia de las malditas avecillas llamó a un amigo suyo, cogióle de un brazo, lo llevó a un pradecillo cubierto de garridas y multicolores florecillas y, apuntando con los crispados puños al colmenar, le dijo:

—¡Mira, mira los abejarucos...!

Frente a ellos veíanse unas cuantas colmenas colocadas sobre una hilera de pedruscos. En el silencio se percibía el hervoroso zumbiar de los enjambres, y de vez en cuando pasaba, rozándoles las caras, una abeja que, brillante como un punto de oro, volaba en busca del néctar de las flores. De pronto vieron que de una rama de cierta higuera vecina del colmenar partieron dos pajarillos que, cayendo sobre un enjambre, lo diezmaron en menos que se cuenta.

Eran los temidos abejarucos, grandes como las viajeras golondrinas, glotones como los gorriones y chilladores como los vencejos. El tío Juan se mesó los cabellos, y con voz doliente exclamó:

—Unos días les bastarán para no dejarme una abeja...

—Eso será si tú quieres—le contestó el amigo.

—¿Pues qué he de hacer?—añadió el tío Juan.—Ni las piedras, ni los tiros, ni las voces los espantan. Son más pegajosos que las moscas...

—Pues si quieres—repuso el amigo—no espantarlos, sino matarlos, dales abejas y nada más que abejas.

Y como el tío Juan le contestara que no le entendía, mandóle traer una hebra de hilo fuerte, unos alfileres y media docena de abejas, y con estos trebejos, atados a los hilos los alfileres,

doblados éstos en forma de anzuelos, y clavadas en ellos las pobres víctimas, fuése a la antedicha higuera, y en una rama que casi rozaba las colmenas,

cogió y los tiró al suelo con rabia. Las desventuradas avecillas extendieron sus azuladas y verdes alas, encrespadas las amarillentas plumillas de sus pechos,



colgó de trecho en trecho todas las hebras.

Un rato no muy largo había transcurrido cuando dos abejarrucos empezaron a rondar el colmenar y, como vieran aquellas abejas que el manso airecillo y las convulsiones de la agonia agitaban, precipitáronse sobre ellas con tal ansia que entrambos quedaron sujetos de los rudimentales anzuelos. Gozoso el tío Juan, llegóse a ellos, los

cerraron los negros picos, entornaron los acarminados ojuelos y murieron...

En tanto, el amigo decía al tío Juan:

—¿Ves el resultado? ¿Cómo no se te ocurrió que si a las alondras se las coge con lombrices y a los ratones con queso, no habían de cogerse los abejarrucos con abejas...? Halaga los instintos de tu enemigo y lo vencerás siempre...



LA CASTAÑERA

Como infalible anuncio de invierno, la castañera plantaba su tenderete en la esquina de la calle Mayor. Verdadera hormiga doméstica, sacaba partido de las estaciones vendiendo refrescos en verano, en primavera naranjas, y, en lo recio del invierno, las castañas calentitas que daban fama a su puesto. Para tan diversas tareas contaba con una ayuda inteligente y dócil, con su hija Lina, tan trabajadora como la madre, pero mucho más compasiva y generosa. Más de una vez desaparecía alguna naranja del perfumado montón para pasar misteriosamente a las manos y a la boca de algún chiquillo hambriento y desaharrado.

Harto sabía Lina lo que arriesgaba, y, precisamente en el valor con que desafiaba las iras de su madre, estribaba el mérito de su ardiente misericordia.

La gran hora de la caridad era el anochecer, cuando Anto-

nia, para ir a preparar la cena, dejaba a Lina al cuidado del puesto. Entonces rondaban los golfillos que en los días más crudos, se calentaban las manos en el hornillo de la castañera, y entonces acudía, puntual como las sombras de la noche, una viejecilla, llamada la Viruta, por lo seca, amarilla y enroscada que la habían dejado las calamidades. Muerto su marido, un carpintero, de cuyo oficio le vino también el mote, el hijo menor emigró a América, confiando el cuidado de la madre al mayor, que murió al poco tiempo, dejando a la viejecilla en el mayor desamparo, porque no volvieron a recibirse noticias del ausente.

La pobre Viruta comía por la mañana el cocido de un comedor de caridad, y cenaba casi siempre, gracias a Lina. Pero la codiciosa castañera notó el fraude y atormentó a su hija con castigos y golpes, tasó las casta-

ñas y exigió el dinero que faltaba, según sus cicateros cálculos.

—Ya no podré darle nada— confesó la niña casi llorando cuando se presentó la Viruta—. Mi madre lo ha notado; me amenaza con mandarme a un asilo, y... ¡mire! ¡mire!...—Lina alzó la

volviera. Entonces Lina, al salir del colegio, fué a buscarla al comedor de caridad, y entregándole un envoltorio, le dijo:

—Yo como demasiado; estoy muy gorda, así que he decidido repartir con usted lo que no necesito. Venga todas las noches.



manga de su blusa y apareció el bracito amoratado por los cardenales—. Me ha pegado para que escarmiente y me dejó sin cenar.

—¡Hija de mi vida!— exclamó la anciana—ya no volveré, aunque me muera, más que de hambre, de pena de no verte.

Y pasaron dos días sin que

Me quedo muy triste si no la veo.

Y la pobre Viruta, tanto por necesidad como por cariño acudía al anochecer en busca de un paquetito misterioso. De pronto pasaron ocho días sin que se acercase al puesto de la castañera. Lina corrió al comedor de caridad, pero le dijeron que no

iba, y, como ignoraba su albergue, esperó llena de zozobra, temiendo que se hubiese muerto.

Una mañana, apenas la castañera plantó su tenderete en la esquina, se acercó un apuesto joven y le dijo entre dolido y amable:

—Como no quiero que la generosidad de su hija perjudique a usted, vengo a devolverle todo lo que Lina ha gastado con mi madre.

Era el hijo de la Viruta que había vuelto de América con una fortunita debida a su trabajo. La castañera protestó avergonzada y no aceptó el dinero. El joven adoró, primero como a una santa, a la generosa protectora de su madre; pero aquella adoración ferviente, después, se convirtió en amor y acabó por casarse con Lina, devolviéndole con creces el cariño que había prodigado a la pobre Viruta.



EL CANGREJO

—¿Qué me importa que la gente diga que mi cuerpo rechoncho es muy feo; que mis cinco pares de patas sólo me sirven para andar mal; que mis ojos, por lo diminutos y mal dispuestos, parecen cualquier cosa antes que ojos, y que soy, por andar hacia atrás, emblema de la retrogradación y estandarte de los enemigos del progreso...?

Esto decía un cangrejo que vivía en una playa levantina, no lejos de un humilde pueblecillo de pescadores.

Este cangrejo, como todos los de su especie, era muy voraz. Imaginábase que la Naturaleza se había entretenido en crear toda aquella muchedumbre de pequeños seres que le rodeaban para regodeo de su insaciable estómago; y tan a punta de lanza tomaba esta idea suya que, desde que salía el sol hasta que se ponía, no hacía más que cazar y engullir como si sólo hubiera nacido para tales meneste-

res. Cuando, escondido bajo una piedra o metido entre un yerbazo marino, se ponía a esperar a sus víctimas, estaba verdaderamente repulsivo. Su rechoncho cuerpo, inclinado hacia adelante, adquiría bajo la fluctuante capa de las aguas marinas una tonalidad entre verde y amarillenta; sus estrambóticas patas, plegadas a los costados, estaban prontas a extenderse para el ataque; sus cortísimas antenas manteníanse erguidas como púas de acero; su disforme garra separábase un poco del cuerpo, y sus pequeñuelos ojos avizoraban a su alrededor fulgurando sinies-tramente. De pronto pasaba a su alcance un diminuto talitro, cualquier bicho que despertara su apetito, acaso, acaso algún pequeño cangrejo, y nuestro cazador, rápido como el resplandecer de un relámpago, lanzábase de su escondite, se precipitaba sobre el infeliz descuidado y lo devoraba en menos tiempo

del que se necesita para decirlo. Y el cruel, en vez de conmoverse al escuchar los angustiosos ayes de sus víctimas, cuando las sentía crujir y desmenuzarse, cuando las trituraba, cuando comprendía que las desgraciadas exhalaban el último suspiro,

Asustado nuestro héroe, quiso huir; pero notó que estaba encerrado entre las triples mallas de una red de trasmallo, y cuando, arrastrado a la playa, pensó impetrar piedad del pescador, vió que éste, tranquilo, sonriente y orgulloso de su magnífico gol-



llo él de satisfacción solía increparlas de esta manera:

—¿Todavía os lamentáis cuando nunca pudisteis soñar con el honor de ser devoradas por un cangrejo...?

Pero estando el tal un día, como de costumbre, al acecho de nuevas víctimas, sintió sobre él un estruendoso golpe, a cuyo ímpetu se enturbiaron y soliviantaron las casi quietas aguas.

pe de red, ni siquiera se fijaba en él. Con este motivo empezó a lamentarse tristemente, y habiéndolo oído uno de sus muchos compañeros de prisión que en tiempos estuvo a punto de ser devorado por él, le dijo con socarronería:

—¿Por qué te lamentas, venerable cangrejo? ¿Acaso el servir de alimento al hombre no es para ti gran honor...?



LA COBRA

Enterado el niño Fernando de que la cobra es también llamada serpiente de anteojos, preguntó la razón de tal sobrenombre a su padre, y éste, complaciente, le respondió:

Refiere una antigua leyenda de la India que «en los tiempos remotos, Budha, padre y señor de los dioses índicos, paseándose un día por esta tierra de miseria, se sintió acometido de sueño, y sin pararse en ceremonias, se echó con humana llaneza sobre el suelo. Era la hora del mediodía, y el sol, que en aquella edad usaba ya de las mismas mañan que ahora, al besar el rostro del dios, no lo hacía por acariciarlo, sino por tostarlo y curtirlo, como si se tratara del de un mísero segador. Pero hizo la suerte que una cobra, advertida de lo que iba a suceder, se llegara junto al dormido dios, y, levantándose sobre su cuerpo inflara su cuello, cuya

sombra, extendida sobre el divino rostro, fué bastante para librarle de los malignos rayos solares. Cuando Budha despertó se mostró muy agradecido, y prometió al reptil concederle una gracia extraordinaria; pero, distraído en sus quehaceres, no se acordó más de la cobra, hasta que ésta se le acercó un día para pedirle protección contra los voraces milanos que diezmaban a sus desventuradas compañeras. Entonces Budha, rozándole la nuca con la punta de sus dedos, dibujó en sus duras y amarillentas escamas dos rayas negras que, rodeando una superficie blanquecina, presentaron el aspecto de unos lentes o anteojos; y tal fué la virtud que el dios concedió al dibujo, que a su sola vista los milanos retrocedían espantados...» Hasta aquí la leyenda que, siendo pura fábula, sirve al menos para que sepas, hijo mío, cómo la cobra,

a causa del extraño dibujo que adorna su nuca, es llamada serpiente de anteojos.

Como Fernando seguía escuchando con mucha atención, su padre continuó diciendo:

—Protegida por la superstición de los indios, la cobra vivía a sus anchas. Hubo un indio aficionado a la música que, vagan-

taba la temible serpiente que se perturbaba su cabeza y que no era dueña de sí misma. Comprendía que lo mejor era huir o lanzarse sobre el tañedor y matarlo; pero le era tan grata la malhadada música y tan dulce... que, adormecida y como embriagada, se dejó atrapar por el atrevido indio, vendiendo la her-



do un día por el campo, fué a sentarse, sin saberlo, cerca de la morada de la cobra. Púsose a tocar en una especie de flauta una desacorde y monótona melodía, y el reptil, llevado de la curiosidad, salió de su escondrijo, y sin poder contenerse, irguió su cuerpo, infló su cuello en forma de disco y se balanceó, bailando al plañidero son del instrumento. Según danzaba, no-

mosa libertad de su vida por el capricho de escuchar unas desacordes notas... Desde entonces, enterada la gente de que las terribles cobras se rendían al sonido de la flauta, empezó a perseguirlas y a cazarlas, y las que eran reinas y señoras de las llanuras vinieron a caer en manos de mercaderes y titiriteros y a servir de espectáculo barato en las ferias y en los mercados.

LA MALVA

El pobre Paquito corría patio adelante para hurtar el cuerpo a los espantables golpes de la mano materna; pero habéis de saber, menudos lectores, que si su madre le perseguía, no era porque el tal hubiera trepado a los árboles para atrapar algún nido aun a trueque de caerse y descrismarse, ni porque en vez de ir a la escuela se hubiera ido por andurriales y vericuetos peligrosos, ni, en fin, porque le sorprendiera enzarzado en juegos de esos que ponen en peligro los miembros de los infantiles jugadores. Nada de esto había hecho el cuitado, sino que le había entrado la manía de adornarse el cuerpo con las grandes y ásperas hojas de una malva real que crecía en el patio, costumbre que traía a maltraer a la pobre planta, pues sus tallos, en vez de alzarse pomposos, se erguían desnudos como varas de fusta. No perdonaba Paquito sus

grandes y hermosas flores rosadas, antes bien, engarzándolas en hilos, hacíase con ellas coronas, diademas y collares. La madre le reprendió primero y le golpeó después, y de este golpear y de aquel reprender no nació enmienda en el chico, sino más bien odio profundo hacia la desventurada malva.

En estos días aconteció que Paquito se fatigó corriendo, y así, según estaba sudando, se bebió un trago de agua fresca, cuya imprudencia le hizo caer en cama, víctima de un constipado, con una tos fuerte y seca que enronquecía y estropeaba su garganta. Su madre, sentada junto a él, le arreglaba las ropas, y en cuanto Paquito tosía—y aun muchas veces sin toser—, salía la buena mujer y a poco tornaba trayendo en las manos una taza llena de un humeante líquido dotado de tal virtud, que apenas lo empezaba a beber, la

tos se callaba, y Paquito sentía extenderse por todo su cuerpo un inefable bienestar. Más de una vez preguntó a su madre qué medicina tan buena fuera aquélla, pero siempre obtuvo como respuesta la de que ya se lo diría.

Llegó el día venturoso en que Paquito pudo abandonar su lecho; y, cogiéndole su madre de la mano, le llevó al patio y le acercó a la malva, la cual, libre por aquellos días de la persecución del chiquillo, estaba sober-

biamente hermosa, toda vestida de sus anchas y verdes hojas y cuajada de sus grandes flores semejantes a sonrosadas tulipas.

—¿Ves—le dijo su madre—, ves esta pobre malva tan martirizada por ti? Pues aquellas flores que tú le arrancabas son las que, cocidas, calmaban tu tos y daban descanso a tu cuerpo. A ellas debes la salud...

Paquito, desde aquel día, cuidó y amó a la malva como a su planta predilecta...



LA CIBELINA

Cuando Anita cumplió los diez años recibió como regalo de sus padres un magnífico manguito de cibelina, que, por sus hermosos y brillantes colores, se llevaba tras sí todos los ojos que lo contemplaban. Como la niña era muy curiosa, se acercó a su padre y, con encantadora ingenuidad, le preguntó entre beso y beso:

—Papá, esta piel es de un bicho que se llama cibelina, ¿verdad?

—Sí, hija mía—hubo de contestarle su padre.

—¿Y hay muchas cibelinas en el Guadarrama?—añadió la niña mirando las crestas de la mencionada sierra que a través del balcón se distinguían.

El bondadoso padre se echó a reír, y sentándola sobre sus rodillas, le dijo:

—Mira: para encontrar el bicho cuya es esa piel, tendrías que pasar el Guadarrama y los

Pirineos, atravesar Francia, tocar en Suiza, cruzar Alemania, salvar toda la Rusia, saltar los Urales y, atravesando toda la Siberia, llegar a la Península de Kamchatka, a las faldas de los montes Stanovoi y a las riberas del río Anadir, allá donde el Asia casi se besa con la América por Alaska...

—Eso está más lejos que San Sebastián, ¿verdad, papá?—interrumpió Anita.

—Mucho más lejos, hija mía; tan lejos, que si tuvieras que ir andando ya llevarías la cabeza llena de canas cuando llegaras a esa región. En ella, en los huecos de los árboles centenarios y en las grietas de las rocas, vive la cibelina. Es un hermoso bicho de enjuto y prolongado cuerpo, de cortas y vigorosas patas, de cabeza pequeña y achatada, de orejas y ojos grandes y de fuertes dientes. Tiene, por lo regular, el lomo negruzco; el cuello y

los costados pardo-rojos o castaños; el hocico, entre negro y gris; la garganta, rojiza amarillenta, y las orejas bordeadas de un gris blanquizo. Es gran devoradora de armiños y ardillas en el verano y de pájaros en el

durante dos o tres meses persiguiendo a las pobres cibelinas. Pasado este tiempo, tornan a sus lares las caravanas, no todas, hija mía, porque a lo mejor, sorprendida alguna por una tempestad de nieve, se duerme para



invierno, si bien todo lo olvida por la fruta cuando ésta llega a su sazón. Atraídos por la ganancia que les promete la venta de las pieles—cada una de las cuales les vale hasta treinta duros—acuden a tan inhospitalaria región innumerables cazadores, montados en desvencijados trineos, y, unos con lazos y otros con trampas, todos están

siempre, abrazada a su botín sobre la fría estepa...

—¡Qué lástima, papá!—interrumpió la niña.

—Sí, hija mía, es lástima; pero no hay que culpar al lujo de estas desgracias, sino a la esterilidad de aquella tierra, que sólo ofrece a sus habitantes esta manera de ganarse el pan.



GRACIA DESGRACIADA

Anita y Pilarín se disponían a merendar alegremente. Como la víspera había sido el santo de su papá, quedaban muchas golosinas en el lujoso aparador.

—¡Yo quiero tarta!—gritaba la mayor, a la doncella dispuesta a servirla.—También ha quedado flan; no dejes de sacarlo.

—¿Qué haces, Paquito?—preguntó Pilarín a su hermano que se arrastraba por el suelo.

—Estoy buscando una cosa que se me ha perdido.

—Ven a merendar.

—En seguida, en cuanto parezca lo que busco.

Era un niño de ocho años, listo, pero travieso; sus compañeros le temían por sus pesadas bromas. Aprovechando la distracción de sus hermanas, se escurrió cautelosamente, hasta ocultarse detrás de una cortina.

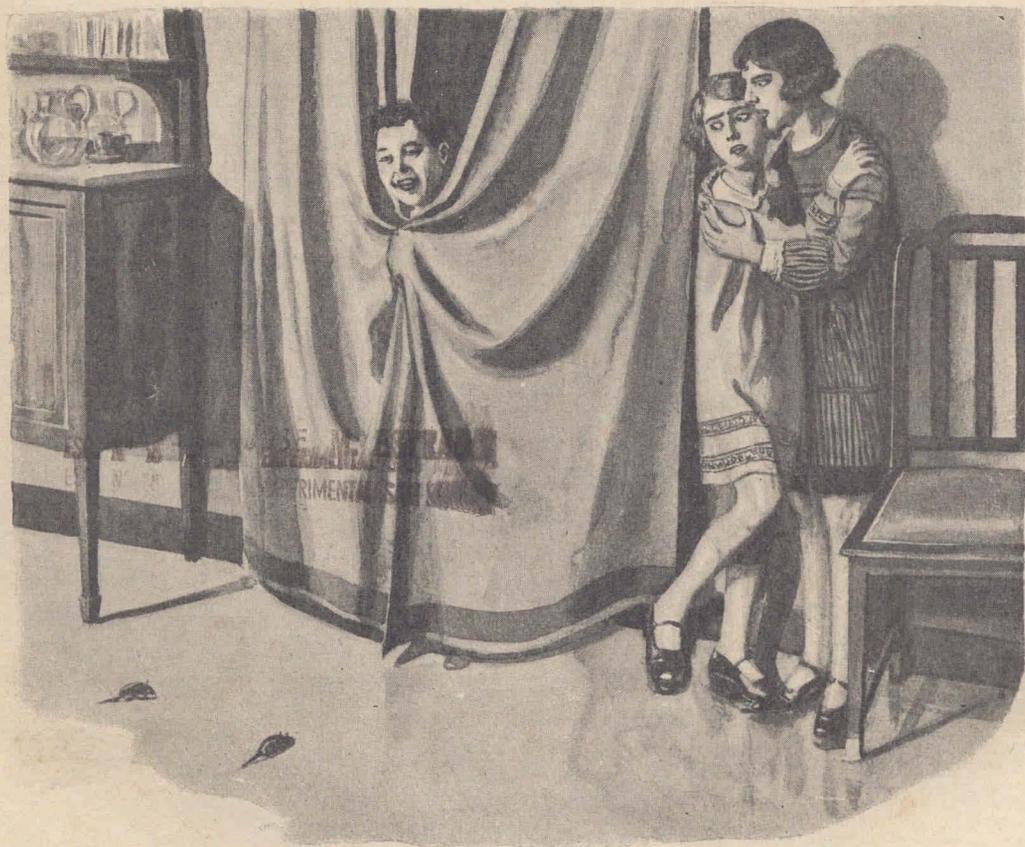
Acababa Pilar de meter el cuchillo en la tarta para cortar un buen pedazo, cuando un grito de la doncella la hizo ponerse en pie. Un ratón negruzco y vivaracho acababa de salir de detrás de una butaca. Corrieron precipitadamente hacia la puerta, pero otro ratoncillo las detuvo en su fuga. Dando gritos de susto y de sorpresa empezaron a correr desorientadas, mientras toda una familia ratonil parecía perseguirlas. Anita, al refugiarse sobre un sillón, se agarró al tapiz de la chimenea y tiró al suelo varias figurillas que se hicieron pedazos. Pilar, subida en el trincherero, hacía equilibrios para no romper nada; pero la doncella, al echar a correr en busca de una escoba para ahuyentar a los importunos roedores, derribó una mesita de te que sos-

tenía un primoroso servicio de porcelana. El susto paralizó no sólo a la criada y a las niñas; pareció hasta detener a los ratones, que se quedaron quietos cabeza abajo, cesando el sordo y metálico rumor que producían. Sólo entonces se dieron cuenta de que no estaban vivos, de que eran ratones mecánicos y, terminada la broma, asomó Paquito la cabeza entre las cortinas, riendo de su supuesta gracia. Pero poco le duró el regocijo; su madre entró en el comedor, y, al

contemplar el estrago, disculpó a la doncella y a las niñas, pero castigó severamente al travieso muchacho para que escarmentase y aborreciera las bromas pesadas.

Después dijo a las niñas:

—Avergonzaos también de vuestro ridículo temor y aprended a ser reflexivas y juiciosas, porque, si no tenéis serenidad ante un peligro imaginario, ¿cómo podréis sufrir y vencer las contrariedades y dolores de la vida?





Anita, al refugiarse sobre un sillón, se agarró al tapiz de la chimenea y tiró al suelo varias figurillas... (Pág. 47.)

EN EL MONTE SAN BERNARDO

Huyendo de la guerra que assolaba Europa, un prisionero logró fugarse y cruzar la frontera de Suiza. El pobre fugitivo escala los Alpes Peninos, convertidos en un desierto de nieve. Está desfigurado por horribles heridas y cubierto por un uniforme andrajoso, que no le preserva de los rigores del invierno; lleva dos días sin comer; a cada paso cae rendido de fatiga y de hambre, pero una esperanza le reanima, le induce a caminar. En lo alto de las abruptas montañas ha visto un monasterio, que parece también construido de nieve. Recuerda la tradicional hospitalidad de sus monjes e intenta trepar por los ventisqueros. Sus fuerzas se agotan en aquel esfuerzo febril y cae sin esperanza de poder levantarse; pide socorro, pero también llega a extinguirse su voz.

De pronto, cuando ya sus ojos se nublan, ve aparecer un perrazo lanudo, blanco y negro, que, con rara y tierna habilidad,

le coge entre los dientes por el cinturón del uniforme, y trepa, escalando los glaciares, semejantes a fantasmas de hielo.

La sorpresa del fugitivo se convierte en delirante alegría, ante el milagro que le salva. Ha comprendido: es un perro del monte de San Bernardo, uno de esos inteligentes y abnegados animales que, secundando la misión de los monjes agustinos, vigilan cual fieles centinelas entre aquellas fortalezas de hielo, y, guiados por su instinto infalible, recogen a los viajeros extraviados.

De este modo, la generosidad, la abnegación de un perro salva al fugitivo, y a la llegada del noble animal las puertas del convento se abren, como por ensalmo, para acoger en su seno a los peregrinos, a los pecadores, a los oprimidos, porque son puertas de caridad, dignas de ser custodiadas por los perros piadosos, vergüenza de la humanidad fratricida.





EL NEGRITO

Hace poco que estoy en España, pero la amaba hacía tiempo; mis padres hablaban con cariño de la que antes había sido su patria y llegó a ser para mí como una amiga con quien se desea intimar. Por eso tuve una alegría inmensa al anunciarme que abandonaríamos Puerto Rico para venir a España. Cuando divisé las costas españolas estaba impaciente por saltar a tierra; pero hoy... la verdad, ansío que mi padre termine los negocios que le trajeron aquí, para dejar de sufrir humillaciones. Y ¿sabéis quién ha trocado mi confianza en recelo, mi amor en hostilidad? Pues vosotros, los niños, que, con vuestras burlas, habéis herido mi corazón, desdendiéndome por el solo hecho de ser un pobre niño de color, de no pertenecer a vuestra raza. He sufrido tanto, que quiero confe-

saros mis amarguras; quizá a alguno de vosotros le conmueva mi dolor y piense en mí cuando sienta la tentación de mofarse de algún otro negrito, de algún ser desgraciado o contrahecho.

Desde que desembarqué, advertí con disgusto que mi padre y yo éramos objeto de insidiosa curiosidad; nos señalaban como *bichos raros* y una oleada de fuego me abrasaba el rostro siempre que aludían al color de nuestra tez o a la forma de nuestras facciones; pero me consolaba creyendo que los que se atrevían a insultarnos serían gentes groseras, sin educación ni cultura, y pensaba en vosotros, los niños españoles, que, con la ingenuidad propia de la infancia que no distingue de razas ni de clases, me tenderíais los brazos amorosamente.

¡Qué dolorosa decepción! Una tarde me acerqué a un grupo de niños que jugaban alegremente. De buena gana les hubiese pedido tomar parte en sus juegos, pero no me atreví y los contemplaba silencioso, con profunda ternura. De pronto advirtieron mi presencia; los vi cuchichear, señalarme, reírse con picardía, y antes de que pudiese huir, me hallé envuelto por una turba de chiquillos que me dirigían burlonas cuchufletas haciendo muecas y gestos ridículos.

Quise protestar, pero a mi indignación se sobrepuso un dolor punzante al verme despreciado, escarnecido por los mismos niños a quienes amaba sin conocerlos. Anonadado por la humillación, me arrojé sobre el césped del parque y lloré amargamente, no sólo por pertenecer a una raza que otros seres humanos juzgan inferior, sino también porque los niños no me trataban con esos sentimientos piadosos con que debe tratarse a un semejante, aunque sea de otra raza. Mi padre corrió en mi auxilio... todos huyeron con ligereza y cobardía, mientras yo me echaba en sus brazos para calmar mi pena.

Para consolarme, mi padre me ha hecho observar a los ni-



ños de las ciudades que visitábamos y he visto que se burlaban de los extranjeros por llevar trajes extraños; los he visto trazar letreros indecorosos sobre las fachadas, profanar con monigotes las puertas de los templos, arrojar piedras contra los monumentos artísticos, tronchar tiernos arbolillos y arrancar flores de los paseos, que las autoridades tienen que defender con punzantes alambres para librarlos de las acometidas infantiles.

Pero aun he presenciado algo más inculto y cruel, una noche, en un parque de recreos. En una

caseta, engalanada como para una fiesta, tiritaba a causa del relente un pobre muchacho de color, convertido en juguete de los espectadores. Sentado sobre un trapecio mecánico, suspendido sobre una balsa de agua, el negrito, anunciado en pomposos carteles con el atractivo título de

PIM PAM PUM ACUÁTICO HUMANO

formaba parte del mecanismo de un *blanco*, contra el cual disparaban los jugadores con enormes pelotas de cuero. Cada vez que una pelota daba en el resorte, el trapecio, abriéndose automáticamente, precipitaba sobre la piscina de agua fría y oscura

al pobre hombre que, aterido por los reiterados baños, salía sacudiéndose y escupiendo el agua con náuseas y escalofríos que regocijaban a la muchedumbre. Y vuelta a ocupar el trapecio, mientras el agua helaba su carne, y vuelta a fingir dolorosas sonrisas y a sufrir con resignación las bromas del público.

Tal era el espectáculo. Si os desagrada, mostrad vuestra piedad, vuestra cultura, no arrojando ni una sola pelota, ni una punzante burla, contra ningún negrito, contra ningún ser escarnecido, explotado o contrahecho por la codicia, por la crueldad o por la miseria.



...Mi padre corrió en mi auxilio... todos huyeron con ligereza y cobardía...(Pág. 52.)

LA PERDIZ

Apenas empezó a clarear el día, una hermosa perdiz abandonó su lecho de oloroso romero y procedió a pasearse por la ladera del monte. Era la tal un tanto orgullosa. Pensaba que ninguna de sus compañeras tenía su gallardía en el andar, su maestría en el volar y su celeridad en el correr. Desde que un día vió copiada su imagen en un arroyo, creyó que no había en el mundo perdiz capaz de competir con ella en hermosura. ¿Cuál de sus compañeras tenía tan hermoso el rojo pico y tan ágiles las encarnadas patitas...? ¿Cuál ostentaba sobre su cuerpo tan lujosas plumas rojizas...? ¿Cuál tenía tan limpio el color gris ceniciento de su pecho y de su vientre? ¿Cuál, tan inmaculadas las blancas plumas de la garganta y tan negras las del collar...?

Llena de estos vanidosos pensamientos, iba caminando al azar, ya picando las hojuelas de la menuda hierbecilla, ya buscando

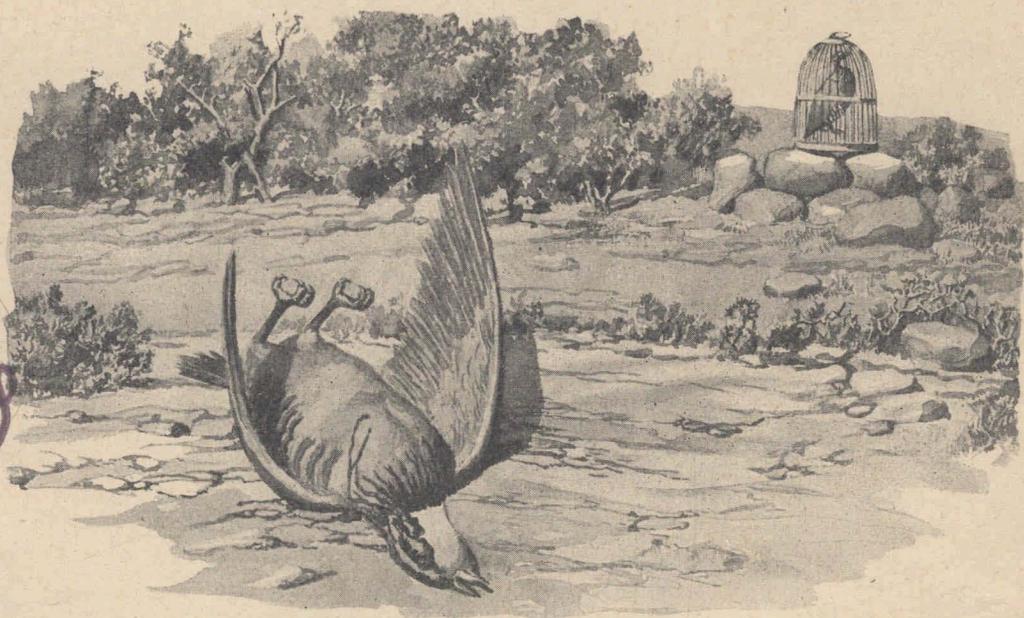
entre el césped algún gusanillo, cuando vino a herir sus oídos el penetrante canto de un macho. Era el naciente día uno de los primeros del risueño abril, y, como por este tiempo entran estas avecillas en la época del celo, nuestra heroína corrió a su encuentro guiada por su canto.

Corriendo y corriendo llegó al fin tan cerca de donde estaba el macho, que éste parecía cantar a su lado. Entonces se agachó instintivamente, y se acurrucó entre la áspera hojarasca de una chaparra. De súbito recordó haber oído a las perdices viejas, que algunas aves de su casta, puestas en jaulas al servicio del hombre, cantaban para engañar a sus incautas compañeras, y, al pensarlo, sintió un escalofrío de terror. Pero esto fué momentáneo. Sus pardos ojuelos inquietaron a su alrededor... ¿Se veía algo sospechoso...? No, por cierto... A su espalda y sobre ella, la chaparra; a su derecha, un tupido jaral; a su izquierda, un

verde pradecillo en cuyo centro crecía una retorcida y enana carasca; y a su frente, una encina, junto a cuyo tronco había un montón de retamas; pues, ¿por qué temer...? Se burló de la experiencia de sus viejas compañeras, y, atraída por el macho

agitando en el aire sus encarnadas patitas, mientras dos o tres hilillos de sangre se deslizaban por el ceniciento plumaje de su pecho...

Por un hueco del montón de retamas—que era un punto de espera—asomaba todavía el hu-



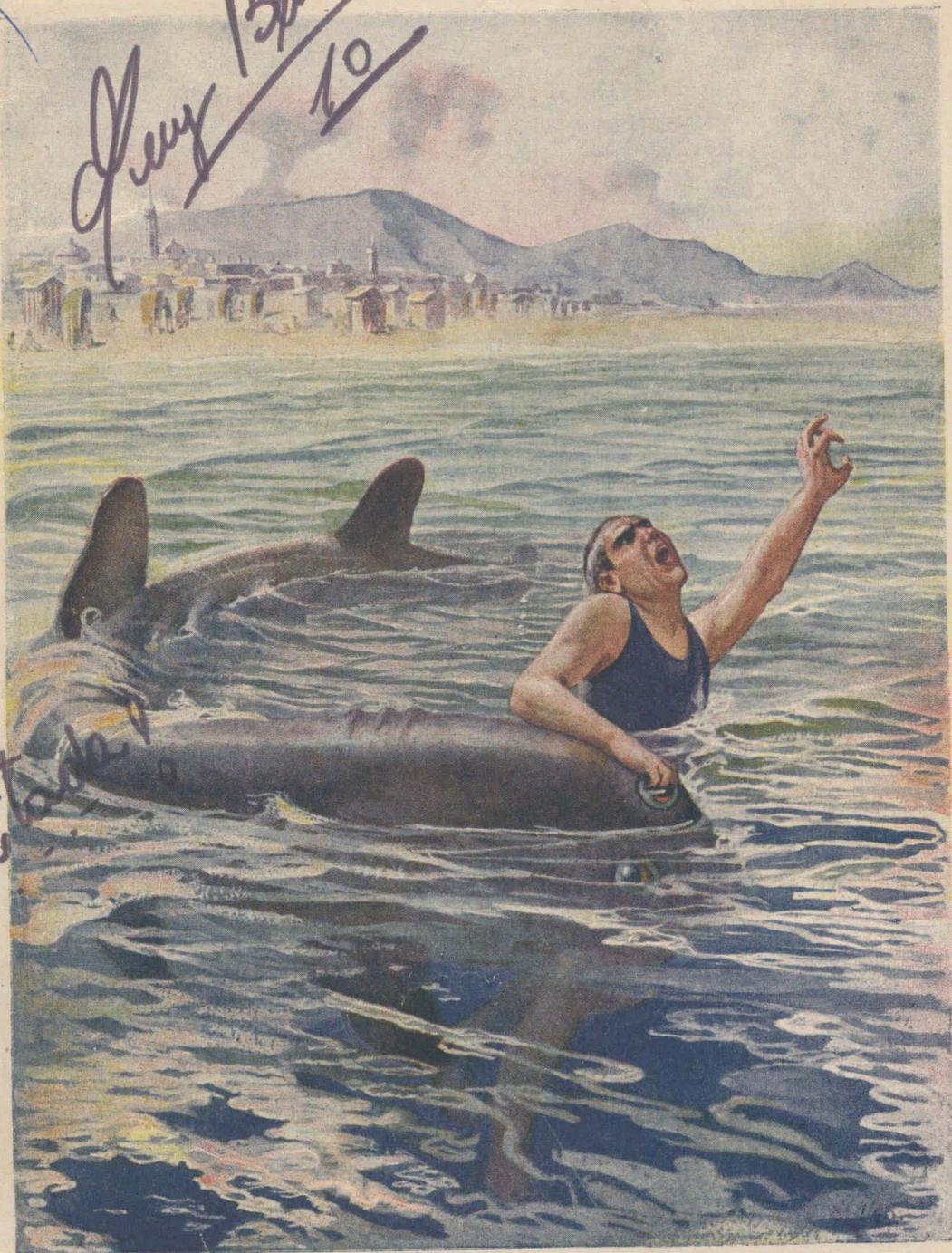
que tentador e insinuante continuaba cantando, se lanzó al pradecillo saltando graciosamente.

Pero, cuando iba más descuidada, tropezaron sus ojos con el traidor reclamo puesto sobre unos pedruscos, y no había vuelto de su asombro cuando un tiro retumbó en el espacio, y, medio oculta por el humo, vióse cómo la infeliz caía sobre la hierba

meante cañón de una escopeta, y, apenas extinguido el estruendo del disparo, el reclamo, como animado por la presencia de la difunta compañera, tornó a su fuerte y áspero canto, con más alegría que antes, burlándose, al parecer, de la insensata que murió por fiarse más del atolondrado apetito que de la prudente experiencia...



X
Jury Pein
10



Felicidade

...bañándose un hombre en la playa de Alejandría había sido devorado por un tiburón..... (Pág. 57.)

después fué de una brutal rapidez. Ambos combatientes se encontraron entre un remolino de blanca espuma, y tras una lucha breve y fugaz, medio oculta en el misterio de las alborotadas aguas, el infeliz negro desapareció, lanzando un grito de agonía... ¡Había muerto...!

—¡Qué lástima, papá...!—ex-

clamó Rafaelín.—¿Pues no decían que Pancho estaba hecho a matar tiburones...?

—Sí, hijo mío, sí. Y aun estaría acostumbrado a sortear sus ataques desde niño; pero he aquí lo que ocurre cuando se juega con el peligro: que tarde o temprano se cae en él.



(Handwritten mark)

(Handwritten mark)

Por Novasternis
5B

la



araña

y

la



abeja



LA ARAÑA Y LA ABEJA

La casa estaba revuelta desde la boardilla al portal. Las criadas y hasta la dueña habían emprendido la magna limpieza que supone el desestero, persiguiendo implacablemente el polvo y los insectos que solían colarse de rondón en aquella espaciosa casa de campo. De esto procedían las desventuras de una araña que, después de tejer durante el invierno una complicada tela, había tenido que huir a refugiarse en el tejado. A poca distancia había un colmenar, y, al oír las cuitas de la araña, se acercó una abeja, compadecida.

—¡Cuánto tiempo sin verte!— exclamó.—Sin duda has instalado tus telares en lugar seguro y habrás tejido espléndidas telas de terciopelo gris.

La araña contestó con cólera y envidia:

—Entre las briznas de una

sucia escoba, han quedado deshechas mis obras de arte; mis crías, muertas o cojas de varias patas, yacen entre el polvo, y yo he tenido que huir, maldiciendo la crueldad de los hombres. ¿Es justo que mientras persiguen a mi raza se desvelen por propagar la tuya? ¿Es caritativo que ahuyenten a las arañas y mimen a las abejas? ¿Que destruyan mi albergue y os ayuden a fabricar el vuestro? ¿No es más artística una tela de araña que una colmena? ¿por qué, entonces, aprecian vuestro trabajo y destruyen el mío?

—Sencillamente — respondió la abeja— porque vuestras telas son sucias e inútiles y nuestros panales son dulces por la miel que nutre y deleita al hombre y útiles por la cera, que se amolda obediente a su voluntad y se transforma en luz.

LA ESPONJA

Manolito, de pie en un pequeño baño, dejaba que su madre le limpiara el cuerpo con una suave y fina esponja, no sin protestar con gritos y lloriqueos cuando la materna mano apretaba más de lo conveniente a su natural poco sufrido. En vano apeló su madre a las promesas y a las amenazas para que el rapaz se estuviera quieto y tranquilo, pues no parecía sino que el agua, al bañar su cuerpo, le hacía cosquillas en la epidermis promoviéndole a continuo desasosiego. Para que se calmara un poco fué preciso que la madre despertara su curiosidad contándole, menudos lectores, la historia de un bicho inverosímil, tan inverosímil, que más parecía producto de una loca fantasía que ser real y verdadero. Figuraos que le habló de un animal que se pasa la vida pegado a una roca submarina, que no tiene patas, ni cabeza, ni oídos, ni

ojos, y que sólo está formado por una especie de bola cubierta de una materia gelatinosa en la cual se dice que radica toda su vitalidad. Como si esto fuera poco para despertar la admiración del chiquillo, añadió su madre que el tal bicho no se queja, ni aun se estremece por más que se le desgarre o se le atormente con el hierro y con el fuego, y que sólo se alimenta sorbiendo agua por unos agujeros y expeliéndola luego por otros, viviendo así años y años hasta que los hombres le pescan, bien descendiendo a los peñascales del fondo del mar, a usanza de los buzos, o bien arrancándole con tridentes de su natural asiento. Al llegar a este punto, Manolito, sumamente intrigado, no pudo callar más y dijo:

—¿Le pescan acaso para comérselo...?

—No, hijo mío, de ninguna manera—le respondió su ma-

dre—. Después de pescado le despojan, lavándole, de todas las inmundicias que contiene, le extraen las sales calizas, le quitan el mal olor que saca al salir del mar, le remojan en agua acidulada y, realizadas todas estas

—Sí, hijo mío, la esponja—le contestó su madre—. ¿Y ves la facilidad con que absorbe el agua limpia y la suelta sobre la suciedad y la mugre para raerlas del cuerpo? Pues así debes procurar que tu entendimiento sea como



operaciones, he aquí, hijo mío, lo que resulta, he aquí el bicho que tanto te maravilla...

—Pero ¡cómo, mamá...! ¿Es la esponja...?—exclamó el rapaz al ver ante sus narices el chorreante y amarillento rizópodo que parecía llorar por sus mil agujeros.

una esponja, para que, sumergido en la educación, en la enseñanza y en todo lo bueno, se empape de ello y lo vierta a raudales en tu cerebro, limpiándolo así de las inmundas costras y de la nauseabunda mugre que sobre los ineducados extiende la ignorancia...

*cay que batome
todos los días
Key!*

*Muy Bu
10
¡Excelente*

Santa Rosa, de Pampe

1248 - 15-8-72

Biblioteca "José M Estrada"

Esc N° 18

N°	Prés	Vence	N°	Prés	Vence
29	23-6-83	30-6-83			
64	15-9-83	22-9-83			

Loa

F

Greil

e

BIBLIOTECA JOSE M. ESTRADA

EXPERIMENTAL SAN MARTIN

EXPERIMENTAL SAN MARTIN

Santa Rosa

La Pampa
yo nací allí

Handwritten notes and scribbles on the right side of the page.

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

- | | | |
|---|---|--|
| Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterec.
Leadme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe. | El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusó.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos. | Cuentos de Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres célebres.
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuento de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Gulliver en el país de los enanos.
Gulliver en el país de los gigantes.
Animales feroces.
Animales domésticos.
Lecturas recogidas en prosa y verso. |
|---|---|--|

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | | |
|-----------------------------------|---|---|
| 1. El molino de los pájaros. | 26. Rosina. | 53. El nido del pájaro. |
| 2. Corazones dormidos. | 27. Paquito el explorador. | 54. La cruz de madera. |
| 3. Flores de juventud. | 28. Desconocida aventura de Teresa Panza. | 55. El Condesito. |
| 4. La vanidosa Alicia. | 29. El Ángel. | 56. La condesa Ida. |
| 5. El espadachín. | 30. Ib y Cristina. | 57. Héctor Servadac (1.º) |
| 6. El heredero. | 31. El último sueño del roble. | 58. Id. id. (2.º) |
| 7. La fuerza del bien. | 32. El cofre volador. | 59. El maestro Zacarias. |
| 8. El sueño de Pepito. | 33. El tío «Cierra el ojo». | 60. Martín Paz. |
| 9. Juegos y hazañas de animales. | 34. La virtud del borrico. | 61. Cinco semanas en globo. |
| 10. Cuentos de Andersen. (1.º) | 35. Fábulas de Iriarte. | 62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º) |
| 11. Cuentos de Andersen. (2.º) | 36. En otros tiempos. | 63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º) |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 37. La campana. | 64. Los Quinientos millones de la Begún. |
| 13. Robinson. | 38. Los forzadores del bloqueo. | 65. De la tierra a la luna. |
| 14. El teatro de los animales. | 39. Una ciudad flotante. (1.ª) | 66. Alrededor de la luna. |
| 15. Verdades y fantasías. | 40. Una ciudad flotante. (2.ª) | 67. El «Chancellor». |
| 16. Mimos de niña. | 41. Miguel Strogoff. (1.ª p.) | 68. Las tribulaciones de un chino en China. |
| 17. El instinto de los animales. | 42. Miguel Strogoff. (2.ª p.) | 69. Una invernada entre los hielos. |
| 18. El amor y la guerra. | 43. Las Indias negras. (1.ª p.) | 70. Veinte mil leguas de viaje submarino. |
| 19. El premio gordo. | 44. Las Indias negras. (2.ª p.) | 71. La vuelta al mundo en ochenta días. |
| 20. Un ministerio de animales. | 45. El rigor de las desdichas. | 72. Viaje al centro de la tierra. |
| 21. La pícaro vanidad. | 46. Los huevos de Pascua. | |
| 22. Un charlot del mundo animal. | 47. La guirnalda de flores. | |
| 23. Un experimento del doctor Ox. | 48. La Paloma.—El Canario. | |
| 24. Un drama en los aires. | 49. El canastillo de flores. | |
| 25. Por mentir. | 50. El honrado Fridolin. | |
| | 51. La «Granja de los Tilos». | |
| | 52. Rosa de Tanemburgo. | |